

El dietario como forma de resistencia. La escritura fragmentaria del dietario, o del diario, se ha convertido, como testimonio o documento singular de nuestro tiempo de desasosiego e incertidumbre, en la forma íntima privilegiada de expresión personal. Ya sea en el campo literario, el cine, la fotografía o en internet, el diario, por su rapidez de ejecución y su capacidad de síntesis, nos conmueve y provoca con apasionante complejidad



El nuevo escritor de diarios

XAVIER PLA

Ha tardado, pero finalmente el dietario ha entrado con fuerza emergente en la historia de la literatura. Al principio, se le reconocía tan sólo como parte de los llamados géneros no-ficcionales, formando grupo con las *escrituras del yo*. Durante décadas, quizás siglos, era el gran desconocido, y hasta ha sido injustamente asociado a conceptos como el de imperfección. Forma de lo informal, ejemplo de escritura arbitraria librada al azar y a los caprichos del escritor, las dificultades de sistematización del dietario son de una apasionante complejidad. Los matices entre dietario, diario o diario íntimo, por ejemplo, parecen inextricables y la mayor parte de estudios sobre el dietario pecan de clasificaciones temáticas (diario de viaje, de guerra, de enfermedad...) o de aproximaciones extraliterarias (de tipo histórico, sociológico, psicológico, etc.). Las distinciones entre diario *interno* (el análisis del hombre, su vida personal o interior) y diario *externo* (su percepción de los acontecimientos exteriores) o las eternas polémicas sobre la necesaria sinceridad del diarista parecen no comprender que el funcionamiento del dietario se funda en una única regla, que consiste precisamente en no reconocer a ninguna. Estrechamente relacionado con el concepto de discontinuidad, el dietario es un ejemplo de escritura fragmentaria que se anuncia como la única forma de expresión literaria capaz de reflejar un mundo como el de principios del siglo XXI, consecuentemente fragmentado y descompuesto.

El diario, con toda la reflexión sobre la identidad que conlleva, es el último

de los géneros valorado y propiciado por la modernidad, quizás porque parece sustituir la extensión de la novela por la intensidad del fragmento. Ante quienes aducen que la novela se caracterizaría por los valores de la continuidad, de la coherencia o de la homogeneización de los significados, los partidarios del dietario siempre argumentarán que éste se singulariza por la hábil articulación de sus fragmentos, por los constantes efectos de sorpresa y por el arte de la concisión. En un ensayo imprescindible, *El escritor de diarios* (Península, 1998), André Trapiello ha explicado de qué manera el lector actual parece sentirse fatigado por las grandes cimas de la ficción novelesca. Como renovados buscadores de tesoros, los lectores rastrean en los diarios para encontrar rincones de verdad, destellos de intimidad, ecos de latido humano.

Así pues, el dietario se ha convertido, a lo largo del siglo XX, en una verdadera forma literaria practicada por los escritores europeos más importantes. Es fácil recordar los nombres de algunos de los grandes diaristas de la época: André Gide fue el primer autor que publicó su dietario en vida y con una clara conciencia literaria, digno sucesor de Jules Renard y contemporáneo de Paul Valéry, de Paul Léautaud o del longevo Julien Green, todos ellos reconocidos autores de diarios como también Torga, Jünger, Pavese y tantos otros. La literatura española de hoy sería muy diferente sin tener en cuenta los diarios de Juan Ramón Jiménez, de Max Aub, de Jaime Gil de Biedma o, en otro ámbito, los de Azaña. Además, los sucesos históricos vividos en Europa durante la Se-

gunda Guerra Mundial han traído un renovado interés por este tipo de literatura, concebido como testimonio único contra el olvido, y aquí está el reconocimiento de la publicación de los diarios de Víctor Klemperer para demostrarlo. El diario como *documento* histórico ha dejado paso al diario como *monumento* literario.

Constituyen cimas ineludibles de la prosa catalana contemporánea *El quadern gris* de Josep Pla y los dietarios del poeta Marià Manent. Si a ellos juntamos los diarios de Joan Fuster y Blai Bonet o el extraordinario dietario de Pere Gimferrer, pronto advertiremos que la presencia del diarismo en las letras catalanas está dando unos frutos inigualados.

El diario es la única forma de expresión literaria capaz de reflejar un mundo fragmentado y descompuesto como el de principios del siglo XXI

Se cuenta que Pla aconsejó en una ocasión a Néstor Luján que, para ser escritor, había que tener paciencia, leer a los escépticos y tener *abierto* un dietario. Al cabo de treinta años, ese diario podía ser una obra maestra. Él así lo hizo. Luján desistió a los pocos meses.

En los últimos años, vivimos inmersos en una verdadera lluvia de dietarios, según feliz expresión del crítico Sam Abrams. Uno de los libros más impactantes publicados recientemente en catalán, por ejemplo, es el dietario de un desconocido, Guillem Simó. Se trata de *En aquesta part del món. Dietaris, 1974-2003*, publicado póstumamente por El Gall Editor, un verdadero *libro del desasosiego* en el que aparece un hom-

bre cáustico y amargo, que lucha contra la depresión y la bebida, que lee incesantemente a Gombrowicz, a Cioran y a Pla. El documento íntimo, en este caso intenso, doloroso y contradictorio, se hace literatura gracias a un estilo que eleva el palpito humano hacia la reflexión moral. El diario de Simó coincidía en las librerías con la publicación de los diarios de tres reconocidos poetas: Enric Sòria, con *La lentitud del mar. Dietari, 1989-1997*, Pere Rovira, con *Diari sense dies 1998-2003*, ambos publicados por Proa, y Feliu Formosa, con sus dos nuevos volúmenes de diarios, *A contratemps* y *El somriure de l'atzar* (Perifèric Edicions). Estos volúmenes no tan sólo representan la madurez vital y literaria

de algunos de sus autores, sino que además confluyen en un tipo de diario, riguroso, de ideas, de lucha contra las propias vanidades, pero basado en la falta de constricciones y de censuras, libre por su extraordinaria variedad, al que la participación en la prensa de su autores no debe ser ajena ni tampoco un episodio aislado en sus trayectorias.

Desgraciadamente, el lector catalán continúa asistiendo al naufragio de tantas novelas fracasadas. Ante esta realidad, es probable que prefiera un dietario, aunque sea irregular, que una mala novela. El dietario siempre es impuro y quizás es en estas formas de impureza que la literatura de hoy puede regenerarse e interesar a nuevos lectores. |